

Con la óptica de la vida

por Arturo Sergio Visca

Federico Nietzsche afirmó, en alguna ocasión, que uno de los modos fértiles de enfrentar la obra de arte era hacerlo con la óptica de la vida. Esta sagaz observación es indudablemente válida. Toda obra de arte, entre las que se incluyen, desde luego, las creaciones literarias, es una expresión de vida que ha adquirido formulación estética y es legítimo, por ende, proceder a su buceo con la óptica indicada, porque ella permitirá penetrar analíticamente hasta esa expresión vital que, transfigurada estéticamente, constituye la raíz desde la cual crece la obra de arte. Cuando de una obra narrativa se trata, es posible centrar este modo de enfrentamiento en el análisis de uno de sus personajes. Esto es lo que en esta nota me propongo en relación con el personaje, Eladio Linacero, que protagoniza **El pozo** (1939), de Juan Carlos Onetti. Ese personaje, cuyos rasgos síquicos el autor dibuja incisivamente y con insuperable maestría, configura un tipo humano, el desarraigado, extraordinariamente representativo y cuyo análisis, por consiguiente, no carece de interés.

El comienzo de ese análisis puede hallarse en la respuesta a la siguiente pregunta: ¿cómo es, en su vida externa y en su intimidad síquica, Eladio Linacero? El personaje mismo da la clave pa-

ra responder a la primera parte de la pregunta a través de los hechos que narra en sus **"extraordinarias confesiones"**: su vida externa es tan solo una sucesión de fracasos. Fracaso de sus ilusiones o entrevistos ideales: él mismo confiesa que **"hubo un mensaje que lanzó mi juventud a la vida; estaba hecho con palabras de desaffo y confianza. Se lo debe haber tragado el agua como las botellas que tiran los naufragos"**; fracaso en la amistad: sus intentos de acercamiento a Cordes, a quien admira, terminan siempre en turbios desencuentros; fracaso en el amor: separado de su mujer, Cecilia, escribe acerca de ella y de él mismo lo siguiente: **"Como un hijo, el amor había salido de nosotros. Lo alimentábamos, pero él tenía su vida aparte. Era mejor que ella, mucho mejor que yo"**. Esta sucesión de fracasos que signan la vida externa de Eladio Linacero perfilan algunos de sus rasgos definitorios, pero los mismos se completan con dos rasgos psicológicos que dibujan su intimidad y que, al destacarlos, dan respuesta a la segunda parte de la pregunta. ¿Cuáles son esos dos rasgos definitorios de su intimidad? Eladio Linacero es, en primer lugar, un emotivo. Todas sus reacciones ante la realidad están condicionadas por la emoción, incluso cuando reflexiona, pues su espe-

culación no es nunca objetiva interpretación de lo externo, sino lúcida exteriorización de sus reacciones emocionales. Ser introspectivo, y en su último fondo, sentimental, todo su meditar sobre la realidad no logra nunca apresarla en sí misma y su meditación queda reducida a una mera objetivación o proyección de su propia intimidad. Eladio Linacero es, en segundo lugar, un imaginativo. Incapaz de asir desnudamente la realidad, se refugia en ensueños que lo desplazan de ella. Sueños vividos en vigilia, que tienen para él una acción narcotizante. Vive permanentemente en estado de hipertrofia imaginativa que es, sin lugar a dudas, consecuencia de su empecinado huir de esa realidad que dolorosamente lo cerca y ante la cual se siente incapaz de válidas respuestas (aunque esa realidad, pérfidamente, se le cuelga en sus ensueños en los cuales, aunque transfigurada, se reflejan).

Eladio Linacero es innegablemente uno de los personajes de rasgos más nítidos y memorables de la narrativa uruguaya. La breve caracterización y el igualmente breve análisis que de él quedan trazados, sólo destacan algunos de sus rasgos esenciales. Pero alcanzan, según creo, para justificar su diagnóstico como personaje representativo de ese tipo humano que es posible rotular co-

mo desarraigado. Porque el desarraigado, y esto es lo que le ocurre a Eladio Linacero, es alguien que, como consecuencia de su particular y extraña constitución subjetiva, no encuentra en la realidad raíces válidas para **construir** su propia vida, y falto de estribación en la realidad, procura, aunque sin conseguirlo totalmente, hacer de su conciencia un recinto clausurado a la realidad y nutrido de sus propias ensueños. El desarraigado es, en última instancia, alguien que no le encuentra **sentido** ni a la vida en general ni a su vida en particular. Y esto lo diferencia de quien aunque disconforme con su entorno vital procura reconstruirlo, y mejorarlo, mediante un contacto efectivo con lo real. En este caso, se trata de alguien que le ha encontrado un **sentido** a la vida y su vida y, lúcidamente, actúa en consecuencia. Estas últimas afirmaciones abren una avenida especulativa que no es posible transitar en una simple nota. En ésta, solamente se ha intentado, como se expresó al comienzo, enfrentar con la óptica de la vida a un personaje extraordinariamente significativo y estupendamente logrado de la narrativa uruguaya, y aunque el análisis sólo haya tocado la superficie del tema puede ser útil en la medida que incite al lector a profundizar en él con sus propias reflexiones.